

Fernando Barona Tovar
Compilador

Chamanismo

Tiempos y lugares sagrados



Colección Artes y Humanidades



Programa Editorial Universidad del Valle

FERNANDO BARONA TOVAR

Compilador y coordinador

Chamanismo

Tiempos y lugares sagrados

Memorias del Seminario Internacional
"Chamanismo, tiempos y lugares sagrados"
realizado en la Universidad de Salamanca en
noviembre de 2002



Programa Editorial Universidad del Valle

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
ALGUNAS MODALIDADES DEL CHAMANISMO EN MÉXICO	
<i>Isabel Lagarriga Attias</i>	17
Modalidades del chamanismo en México	22
Actividades chamánicas en algunos grupos étnicos	32
Chamanismo urbano	43
Neochamanismo	46
Bibliografía	61
LAS ARTES DE LOS CHAMANES	
<i>Michel Perrin</i>	67
Lógica chamánica	67
Las artes del chamán	71
Objetos chamánicos	74
Conclusión parcial	88
Conclusión	91
Bibliografía	94

EL CHAMÁN ORFEBRE: UNA EXPLORACIÓN DE LOS ARTESANOS Y LA RELIGIÓN

<i>Roberto Lleras Pérez</i>	97
Introducción	97
Los orfebres, esos desconocidos	100
El chamán, muchos chamanes	108
En el crisol, transformando el mundo	111
Y, si fueron los chamanes metalurgos	114
Bibliografía	128

GERARDO REICHEL-DOLMATOFF Y SU CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA DEL CHAMANISMO

<i>Roberto Pineda Camacho</i>	131
Los años de formación	131
Encuentro con los kogui	134
En las selvas del Amazonas	136
Ideas sobre el chamanismo tucano	142
La experiencia con el yagé	144
El pensamiento chamánico como metáfora	145
Arqueología y chamanismo	147
Orfebrería y chamanismo	152
El concepto de chamanismo	156
¿Chamanismo o chamanitis?	159
Bibliografía citada de Gerardo Reichel-Dolmatoff	166
Bibliografía	167

SÍMBOLOS FEMENINOS DE FERTILIDAD EN LA ORFEBRERÍA QUIMBAYA. UN INTENTO DE INTERPRETACIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA DEL CHAMANISMO

<i>María Alicia Uribe Villegas</i>	169
--	-----

EL CHAMÁN ORFEBRE: UNA EXPLORACIÓN DE LOS ARTESANOS Y LA RELIGIÓN

Roberto Lleras Pérez

Arqueólogo, Museo del Oro (Colombia)

INTRODUCCIÓN

La historia del surgimiento de nuestra especie está marcada por la interacción estrecha entre el cerebro y las manos; una relación neuromotriz que influyó decisivamente en el incremento de la capacidad intelectual y en la producción de la cultura material. A lo largo de miles de años, las sociedades humanas convirtieron tal relación en una norma de comportamiento, de tal manera que lo normal siempre fue que las personas de todos los rangos usaran a la par sus manos y su mente. No obstante, a partir de la formación de las sociedades estatales en el Viejo Mundo surgió la costumbre de separar los oficios intelectuales de los manuales.

La división entre los hombres que trabajan con la mente y los que trabajan con las manos se consolidó progresivamente como una de las expresiones más visibles del estatus social y como marcador del comportamiento de los individuos de las diferentes clases sociales. El supuesto cultural es que quienes dominan se ocupan en pensar, sin necesidad de ocupar sus manos, y los subordinados, que no necesitan pensar, asumen los trabajos manuales. En el caso de los especialistas

religiosos, la indiscutible alianza de la religión con los aparatos de poder resultó en que los prelados y dignatarios de las diversas iglesias —no los sacerdotes rasos— resultaran alineados en el campo de los que usan la mente y no las manos.

Dentro de la tradición occidental, tal dicotomía adquirió en Grecia y Roma una enorme fuerza, que reiterada a lo largo de la Edad Media, se trasladó desde la península ibérica al contexto sociopolítico de la América de la conquista y la colonia. La percepción que tuvieron los europeos de las sociedades indígenas del nuevo continente, y la imagen que de ellas nos legaron, estuvo muy fuertemente influida por este concepto. Pese al hecho de que los conquistadores y sus cronistas menospreciaron en general a los indígenas, construyeron sobre ellos discursos que los retratan a imagen y semejanza de los peninsulares del siglo XVI. Allí donde no los había, vieron reyes, nobles, siervos, tributos y todos los tipos de personajes y usanzas de la Europa medieval.

También, tal vez en forma inconsciente y poco explícita, pero no por ello menos evidente, vieron, allí donde no la había, la dicotomía entre pensar y hacer. Su enorme desprecio por los chamanes, brujos, hechiceros y sacerdotes indígenas y su horror frente a quienes consideraron como ministros del diablo, no impidió que los compararan a los prelados católicos y que les asignaran funciones análogas, aunque en la orilla opuesta, la del demonio. Era muy difícil que los chamanes, que eran evidentemente líderes y jefes de sus comunidades, pudieran aparecer ante los ojos de los conquistadores como artesanos, un oficio reservado en la Europa medieval para las clases inferiores. Por eso las narraciones del contacto nos pintan hechiceros que adivinaban, curaban, rezaban y ofrendaban, pero en pocas ocasiones se nos cuenta que ellos también fuesen artesanos.

Una de las premisas de esta ponencia es que este prejuicio de los europeos del siglo XVI influyó en la imagen que de los chamanes nos transmitieron las crónicas de esta época y que se ha perpetuado con

muy ligeras modificaciones hasta nuestros días. Los etnohistoriadores y etnógrafos recogieron la imagen del chamán y la enriquecieron dotándola de la dimensión teórica que permite entender su vital importancia, la despojaron de muchos de los elementos fantasiosos que no le correspondían y la vincularon con los perfiles de otros tipos de especialistas religiosos recogidos en los trabajos de campo de los siglos XIX y XX. No se ha profundizado, sin embargo, en el aspecto del trabajo manual, a tal punto que sobre el sólo se encuentran referencias extensas en el libro "*Herreros y alquimistas*" de Mircea Eliade¹. De allí que hasta ahora los chamanes y, específicamente los de la América prehispánica, aparezcan en su mayor parte desvinculados de las actividades artesanales.

No bastaría, por supuesto, tan sólo con emprender el rescate de las referencias escasas y aisladas sobre el trabajo artesanal de los chamanes prehispánicos y así demostrar que la imagen tradicional es incompleta. Lo fundamental es, que al echar por tierra la idea de la dicotomía entre el pensar y el hacer chamánicos, se abren una serie de nuevas posibilidades de análisis y explicación que resultan especialmente esclarecedoras para comprender el panorama de la metalurgia prehispánica de América, lo cual puede ser igualmente cierto para otras tradiciones artesanales de este y otros continentes. Aún a pesar de que hay muy importantes tradiciones metalúrgicas en contextos sociales chamánicos en África y Asia, su estudio rebasa las posibilidades y objetivos de esta investigación; me he de circunscribir, por tanto, al continente americano y más específicamente a la porción noroccidental de Suramérica, el territorio de la actual Colombia. No obstante, a manera de ilustración, utilizaré ejemplos de otras regiones del mundo contenidos en la literatura antropológica clásica.

LOS ORFEBRES, ESOS DESCONOCIDOS

En el Viejo Mundo es a veces difícil, distinguir entre los artesanos de los metales preciosos y los que trabajaron hierros, bronces y otros metales “menos nobles”, ya que unos y otros se conocieron genéricamente como “Señores del fuego” y muchas veces combinaron en sus obras los dos tipos de metales. El principio de la transformación de la materia por medio del fuego y su mitología asociada rodearon a estos personajes de un aura de misterio y respeto. Hay suficientes evidencias de que los artesanos del metal fueron, y quizás aún son, mucho más que simples obreros. Es casi inevitable, en este punto, recordar al dios griego, *Hefestos*, y su equivalente latino, *Vulcano*, forjadores de armas y señores de las forjas. Tampoco puede evitarse el recuerdo de *Thor* y la mitología del metal y el fuego de Escandinavia. Una exploración detenida de las mitologías griega, romana y escandinava revela fuertes elementos chamánicos en estos personajes divinos.

Eliade² consigna abundantes referencias relacionadas con la identidad de los herreros, los mitos que les rodean y su posición social. La mayor parte de ellas vienen de África, continente en el cual los herreros tienen, por lo general, un estatus social privilegiado. Entre yakutas y dolganes, los metalurgos descienden de deidades y tienen poderes comparables a los de los chamanes. Cline³ refiere que en el Congo y entre los katangas, los herreros, cuyo estatus es comparable al de los chamanes, se agrupan en hermandades o sociedades secretas de carácter exclusivo y cerrado y que el trabajo de la forja constituye un ritual en el que confluyen gran número de espíritus. En el alto Níger los herreros están vinculados a la imagen del héroe civilizador, por aportar las herramientas para el cultivo de los suelos o por considerárseles fundadores de pueblos. Entre los bantúes, al igual que entre otros grupos, los herreros son una suerte de hechiceros, en extremo peligrosos y dueños de excepcionales poderes de magia

negra. Entre varios grupos de la región del Congo los herreros son, a la vez, jefes o sacerdotes o están, en todo caso, muy cerca de las esferas de la jefatura y el sacerdocio. Esta situación privilegiada del herrero africano está sustentada por la mitología y conforma una relación que Eliade describe como la cadena herrero celeste, héroe civilizador y agricultura papel religioso del herrero. Los herreros continúan y perfeccionan la obra de la creación y de allí su gran importancia.

El complejo mitológico-metalúrgico de Asia y el oriente de Europa es menos rico, o se conoce menos, que el africano; no obstante también allí hay relevantes referencias sobre la importancia de los herreros. Eliade⁴ refiere que en Siberia son personas de alto rango que transmiten a su descendencia los secretos de su oficio. En algunas regiones de la India se les respeta más que a los sacerdotes y sus forjas se consideran lugares de culto. En Mongolia algunos herreros han llegado a convertirse en reyes o señores de su pueblo; en Irán se dice que la dinastía *Kavya* descendió de un herrero. El mismo autor refiere que en Java los herreros ocuparon antaño posiciones de honor en la corte real y que podían, en ocasiones, representar a la comunidad. Los de Bali fueron creados directamente por *Brahma* que les infundió la fuerza mística necesaria para desempeñar su oficio. En el cercano oriente y en Europa oriental los herreros fueron, hasta hace poco, bardos y cantores y, como en otras partes de los dos continentes, difundieron la poesía épica en la cual ellos mismos figuraban como héroes míticos.

En las muchas obras que tratan sobre la metalurgia prehispánica del continente americano y que tocan con mayor o menor grado de profundidad temas tales como la tecnología, la iconografía, el simbolismo, el uso o la circulación de piezas metálicas, brillan por su ausencia, o cuando más por su brevedad, las referencias y preguntas acerca de las personas que fabricaron directamente las piezas metálicas. Parece que, en efecto, el saber quienes eran los orfebres,

cómo era su organización interna, cómo aprendían y ejercían su oficio y qué relaciones establecían con otros sectores de la sociedad son cuestiones que carecen de interés. Esta es una tendencia poco antropológica que termina separando la obra del obrero y que, al hacerlo, cierra una importante vía de análisis de la cultura material. Irónicamente, de esta manera terminamos coincidiendo con los cazadores de tesoros, a quienes importan mucho las cosas y no quien las hace.

Metalurgistas, plateros, orfebres, fundidores y forjadores, los debió haber por miles en América en los cerca de tres mil años de permanencia de esta industria antes de la llegada de los conquistadores europeos. Los centenares de miles de piezas que se han encontrado en algunas regiones del continente, la variedad de sus estilos y formas, y la complejidad de su manufactura indican que esta tradición demandó una enorme inversión social que, dados los limitados medios técnicos con que se contaba, sólo podría explicarse por el concurso de abundante fuerza de trabajo. Aún en la época de la colonia y pese a la escasez de materia prima y a los demás constreñimientos que actuaron sobre su trabajo, muchos de estos artesanos continuaron ejerciendo su oficio, como lo atestiguan las referencias contenidas en las visitas realizadas por los funcionarios de la corona española para requisar santuarios o tasar tributos⁵.

No todas las sociedades indígenas del continente produjeron metalurgia, aun cuando su ausencia en determinadas regiones no puede explicarse por niveles inferiores de desarrollo tecnológico, por el desconocimiento de los metales ni por la carencia de materias primas. Para citar sólo un ejemplo, baste mencionar que en la Amazonía prehispánica la orfebrería está ausente en las sociedades menos y más complejas, aun cuando hay ricos yacimientos del metal y pese a que el oro se menciona con frecuencia en sus mitos. La producción metalúrgica, con características cuantitativas y cualitativas suficientemente significativas como para permitir el reconocimiento

de tradiciones o industrias propiamente dichas, se restringe a la porción central y septentrional de los Andes, a algunos sectores del litoral Pacífico, al litoral Caribe de Colombia, parte de las Antillas, Centroamérica y el sur y centro de México. Incluso en estas zonas la distribución dista de ser uniforme y se concentra, por el contrario, en núcleos definidos y separados entre sí por áreas en las cuales los metales son escasos o están ausentes.

En esta extensa región hubo, a lo largo de cerca de tres mil años, numerosos complejos metalúrgicos y chamánicos de los cuales nos quedan algunos artefactos y muy pocas noticias. Entre los aztecas de México (Nueva España), el estado organizó los oficios artesanales, incluso ubicando a cada gremio en determinados sectores de las urbes. Sahagún⁶ describe los oficios, creencias y costumbres de una gran variedad de artesanos mexicanos. Con respecto a los oficiales que labraban el oro afirmó que los había de dos tipos, los martilladores amajadores que trabajaban con martillo y los *tlatlalianime*, verdaderos oficiales "...que asientan el oro, o alguna cosa en el oro o en la plata...". Unos y otros estaban bajo los auspicios del dios *Xipe Totec* para quien celebraban fiestas cada año. También dice que los oficiales de pluma (plumarios) eran quienes dibujaban sobre las láminas de oro la figura de las piezas para que los plateros las hiciesen.

El otro gran estado americano de la época de la conquista, el imperio inca organizó con igual rigidez cada aspecto del trabajo comunitario. Guaman Poma⁷ refiere en detalle los controles estatales sobre las actividades de minería y artesanía que incluían la ubicación en barrios específicos de las ciudades y la contabilidad de materias primas y productos terminados.

Para el resto de los grupos indígenas de América hay menos información. Una noticia, referida por Pedrarias Dávila y transcrita por Cooke⁸, nos llega de Panamá: "...el jefe actual de Panamá se llama *Cori*. Él y todos sus ancestros fueron grandes fundidores de oro y maestros en su trabajo, y hacen muy buenas piezas allá"

(traducción del autor). Martínez⁹ transcribió un curioso documento de 1555 relacionado con un pleito por la supuesta alteración de piezas de oro en la ciudad de Tamalameque, valle del río Magdalena. En el se describe que se trajo ante el Oidor "...al cacique *Yapin* del dicho pueblo de *Zimpiegvas* y al capitán llamado *Tegua* e a otro que se llama *Chemuasue* y a otro *Pachay* e otro *Chunio* e otro que se llama *Pachey*; todos caciques e capitanes del dicho pueblo, fundidores que hacían las dichas manillas sobre que se trae este pleito, los cuales trajeron los aderezos e materiales para hacer las dichas manillas...". En los siguientes folios del documento se narra que el cacique y los capitanes confirmaron que eran ellos los que fabricaban las piezas de oro y procedieron, a instancias del Oidor, a realizar una demostración de su oficio.

En la Cordillera Oriental colombiana se asentó, aproximadamente desde el siglo VI d.C., un conjunto de grupos étnicos relacionados muy estrechamente por su lengua y con patrones y tradiciones culturales muy cercanas entre sí. Sólo uno de estos grupos, el de los muiscas, tuvo una importante tradición metalúrgica; sus vecinos prácticamente ignoraron esta industria que, sin duda, conocían y podrían haber desarrollado, ya que la materia prima y la tecnología estaban a su alcance. Las explicaciones para esta distribución de la metalurgia se han centrado en modelos de circulación de objetos de prestigio y en el uso restringido de símbolos de poder. Poca atención se le ha dado a las condiciones de producción como factor que permita entender porque en algunas áreas se hacía orfebrería y en otras no. Dicho de otra manera, no nos hemos preguntado por que en algunas regiones había orfebres y en otras no. Al darle este giro a la cuestión hemos vuelto a los obreros y al problema de quienes y cómo eran ellos.

Los caciques y capitanes muiscas practicaban oficios artesanales, como lo documentan las crónicas europeas; era usual que ellos mismos tejiesen las mantas para regalar a otros caciques, amén de participar

en los mercados que se celebraban en sus cercados. En varios otros grupos de la Cordillera Oriental, entre los cuales el tejido, la alfarería o la talla eran actividades rodeadas de un profundo simbolismo, los líderes políticos y religiosos permanecieron vinculados al trabajo manual.

Las noticias que nos dejaron los cronistas de la conquista respecto de los orfebres muiscas son un tanto confusas y contradictorias. A pesar de que arqueológicamente se han encontrado piezas de orfebrería en más de un centenar de localidades, parece que en el siglo XVI, al menos, la producción de este tipo de objetos estaba concentrada en algunas localidades. Así lo atestiguan documentos de la época de contacto como el citado por Langebaek¹⁰, según el cual quienes necesitaban objetos para ofrendar debían ir a “...*Guatavita* y a *Saquencipa* y allá entiende este confesante que les hacen los santillos porque allá hay muchos plateros”. En “...el año de 1577 el Visitador Diego Hidalgo encontró que muchos de los caciques de *Boyacá* se hacían acompañar de “plateros” encargados de hacer figuras de oro...”¹¹ La visita de *Lenguazaque* de 1595, citada por este autor, permite distinguir entre plateros, quienes hacían objetos de adorno permitidos por los conquistadores y santeros, los fabricantes de objetos prohibidos por considerárselos de idolatría; unos y otros transmitían sus conocimientos a sus descendientes.

Para el padre Zamora¹² los de *Guatavita* eran “...los únicos entre los muiscas que entendían el arte de fundiciones y de su labrado...”. Otros cronistas confirman la habilidad especial de los orfebres de este pueblo sin llegar a afirmar que fuesen los únicos que la poseyesen; también nos permiten vislumbrar la existencia de una relación especial entre los obreros del metal y su cacique, distinta a la que pudo existir con otros grupos de artesanos. “La mayor parte de los *guatavitas* tenían excelencia sobre los demás indios de la provincia en fundir y labrar oro. Y así andaban derramados por toda ella, pues los había en casi todos los pueblos ganando su vida a eso... Y así, en

poco tiempo tuvo el *Guatavita*, en trueque de mil plateros sus vasallos..."¹³.

Parece ser que, por medio de un arreglo que implicaba el pago en servicios de otros comuneros, los orfebres de *Guatavita* trabajaban por temporadas en otros cacicazgos de la región. Zerda¹⁴ afirma que en *Guatavita* "...se hallaron, después de la conquista, restos de hornos o fraguas de fundición, y de crisoles de arcilla refractaria con residuos del oro que fundían..." y prosigue "Como los joyeros *guatavitas* eran afamados en la nación de los chibchas, solicitabanlos los pueblos vecinos y muchos se esparcieron en ellos con gran disgusto de su jefe y señor. Reconociendo el *Guatavita* el grave perjuicio que recibía su reino con esta disminución de sus vasallos mas industriosos, ordenó bajo graves penas que todos se redujesen a sus Estados; y notificó por bando que si algún señor o cacique extranjero necesitase de alguno de sus joyeros, diese por cada uno de ellos, dos vasallos que le asistiesen en su corte durante la ausencia del artífice de su nación."

Esta tradición de manufactura de metal se prolongó hasta mediados del siglo XIX, tanto en *Guatavita* como en *Ubaqué*, sitios en los que se practicaba "...el arte de fundir y amoldar pailas, campanas y estribos de zapato..."¹⁵ Como bien lo anota Pérez de Barradas¹⁶, en *Guatavita* no había yacimientos de oro ni de cobre que justificaran la residencia de este grupo de artesanos especiales. Este poblado sí era, en cambio, un centro religioso de peregrinación y ofrenda reconocido en todo el territorio.

En lo que respecta a la actualidad hay que mencionar que algunos grupos amazónicos, que en épocas prehispánicas no usaron metales, han vinculado en su mitología a los dueños de la metalurgia con los personajes mas temibles de su cosmogonía, los jaguares, "...Soy el espíritu del hacha que tiene que tomar sangre de gente. Mis dientes son puros machetes y hachas; mi cuerpo (mi piel) de fuego..."¹⁷. Aún los campesinos actuales de varios sectores de los Andes colombianos se identifican con el oro de los indios, sus antepasados,

el cual se manifiesta por medio de encantos en lagunas y campos¹⁸.

Reichel-Dolmatoff¹⁹ resume así esta noción del carácter del trabajo de los orfebres entre los indígenas americanos "Por estas mismas razones, en muchas sociedades del pasado y del presente el orfebre se relaciona con el mago. Ese orfebre, tal como el chamán, es un transformador pues al labrar el oro y darle una forma culturalmente significativa, hace pasar la materia de un estado profano a lo sagrado...". Más adelante volveremos sobre esta idea, bástenos aquí recalcar que la calidad especial del trabajo metalúrgico sigue siendo reconocida como inseparable de la esfera de lo sobrenatural.

De esta breve recopilación de referencias, además de confirmar nuestro profundo desconocimiento del contexto social del trabajo metalúrgico, se desprende una serie de conclusiones que intentaremos resumir como sigue:

- 1) Los artesanos del metal, orfebres o herreros, han sido en las sociedades chamánicas un grupo social especial, respetado o temido por sus poderes reales o imaginarios y vinculado estrechamente a la esfera del poder político y religioso; en ocasiones ellos mismos son jefes o sacerdotes.
- 2) La tradición del trabajo de metales tiene un origen mítico, se remonta incluso a la creación y la continúa, o participa de la función transformadora de la materia por medio del fuego. Los herreros se asocian con los héroes míticos y con la construcción de la cultura, como tales están rodeados de un aura especial.
- 3) El ejercicio de la metalurgia implica la adquisición, muchas veces hereditaria, de conocimientos misteriosos y peligrosos. Quienes la ejercen guardan celosamente los secretos y para tal efecto se organizan en grupos aislados del resto de la comunidad. Las formaciones estatales e, incluso, las cacicales participan en esta organización definiendo las reglas del oficio y el modo de su prestación.
- 4) Los metalurgos tienen funciones que exceden las de su oficio

artesanal, muchos de ellos fungen como hechiceros y participan en ceremonias y ritos de tipo chamánico, además de ejercer ocasional o permanentemente el poder político.

EL CHAMÁN, MUCHOS CHAMANES

Otro de los prejuicios con los que occidente ha contribuido a desfigurar nuestra imagen de las sociedades chamánicas ha sido la concepción unitaria del chamán. La enorme complejidad de las religiones chamánicas y la multiplicidad de funciones cumplidas por los especialistas religiosos se sobresimplificaron al abordar la idea de que en este tipo de sociedades hay, simplemente, un tipo de chamán responsable y ejecutor de todas las labores religiosas. Como en el caso de la dicotomía pensar-hacer, en este también hay una historia de evolución del pensamiento y las costumbres que pasa por la España medieval y se traslada al nuevo continente. Pese a que los peninsulares del siglo XVI no podían concebir con facilidad una diferenciación de sacerdotes que no fuese la estrictamente jerárquica, si hubo algunas mentes iluminadas que, a pesar del fanatismo, dejaron cuenta de la complejidad existente en relación con los sacerdotes y chamanes del Nuevo Mundo.

El Padre Joseph Arriaga²⁰, un jesuita decidido a desterrar la idolatría en el Perú, dedicó uno de los capítulos de su libro a describir a los sacerdotes de tradición quechua. Según él, aun cuando todos se conocían como *Umu* o *Laicca*, había las siguientes clases: "*Huacapvillac*, que quiere decir el que habla con la huaca,...*Malquipvillac*, el que habla con los malquis...*Libiaopavillac*, que habla con el rayo, y *Punchaupvillac*, que habla con el sol... *Macsa* o *Viha* son los que curan...*Aucachic*, que en el *Cuzco* llaman *Ichuris*, es el confesor;...*Azuac* o *Accac*, es el que tiene cuidado con hacer la chicha...*Socyac* es sortilego y adivino por maíces;...*Rapiac* es también adivino...*Pacharicue*, o *Pacchacatic*, o *Pachacuo*, es

otro adivino por los pies de unas arañas...*Moscoc* es adivino por sueños;...*Hacaricuc*, o *Cuyricuc* es el que mira cuyes...también se pueden contar entre estos ministros los *Parianas*,...". En la relación del padre Arriaga llama la atención la ausencia de sacerdotes quechuas especializados en metalurgia. Es posible que la explicación resida en que para la época de su estancia en el Perú (1620) las ofrendas metálicas ya no se hacían o sólo se hacían a escondidas para evitar que fuesen decomisadas por los conquistadores, como se desprende del hecho de que no se mencionan en su capítulo sobre huacas y ofrendas, y que los oficios relacionados con los metales se limitaban a la explotación de minas y la fundición de lingotes para la corona española²¹.

En la misma región de los Andes centrales hubo una serie de grupos que antecederon a los incas, algunos cuya expansión sólo alcanzó un ámbito regional como Vicus, Nazca, Mochica, Sicán y Chimú y otros que se extendieron por toda el área como Chavin y Wari-Tiahuanaco en cuyos vestigios monumentales, alfarería y metalurgia han quedado vestigios de una riquísima iconografía que denota complejos ritos en los que se ve participar a diversos tipos de sacerdotes, de los dos géneros y encargados de funciones diversas. Los ceramios mochicas, que narran los sacrificios de prisioneros, retratan a un sacerdote de alta jerarquía, a una sacerdotisa y a otros ayudantes representando distintos papeles en la ceremonia²².

Sahagún²³ describe entre los aztecas a una gran variedad de sacerdotes, dedicados a los diferentes dioses, residentes en diversos templos y encargados de funciones específicas y diferenciadas dentro del complejo de rituales que se celebraban a lo largo del calendario cíclico de los mexicas. Algo similar se puede inferir para casi todos los grupos que antecederon a los aztecas en México; Mayas, Mixtecos, Zapotecos, Huastecos y Toltecos tuvieron tal cantidad de dioses, templos y ritos que implicaban conocimientos especializados y no podían ser atendidos por un solo tipo de sacerdote general.

La paleontología lingüística muisca²⁴ aporta, para la Cordillera Oriental colombiana, una diferenciación de chamanes muy interesante. En general prima la asociación de ideas “amarillo / anciano / ave / orfebre” pero hay diferencias que parecen denotar caracteres distintos: *Suetyba chyquy* o sacerdote del anciano-ave; *Chibchazhum*, *Bochica suetyba aquymuy* o ministro del anciano-ave *Bochica*; *Supquaquyn* o sacerdote-murciélago; *Ahizcague zachoa* o curandero; *Tybacha*, *tybara* o capitán anciano; *Guahaioque*, *guhaioque* o cuero de venado. Gonzáles llama la atención sobre dos, entre otras, conclusiones: “La existencia de una categoría de dignatarios religiosos que en lengua muisca se llamaran *tyba*” y el hecho de que la raíz *tyba*, que “encierra los conceptos de anciano y de amarillo”, también significa platero, lo cual no parece poder adjudicarse a un caso de raíces homónimas.

El tema de la multiplicidad de chamanes al interior de un mismo culto religioso y un solo grupo social aún está por desarrollarse. Lo que hasta ahora se sabe demuestra, sin embargo, que tal hecho es una realidad, al menos en las sociedades más complejas, aunque podría estar presente igualmente en casi todas, así sea en una dimensión mas limitada. La concepción dual del cosmos y de la sociedad, presente en toda América, acarrea inevitablemente la existencia de, al menos, dos especialistas religiosos distintos en cada comunidad. Un mundo que se divide en mitades requiere líderes religiosos para cada uno de ellos y, así como hubo y hay, los jefes políticos de arriba y abajo y las segundas personas de cada líder, hay los chamanes que se oponen y se complementan.

Reichel-Dolmatoff, entre otros, ha demostrado en muchas de sus obras²⁵ el carácter profundo y complejo de la cosmovisión chamánica y el papel fundamental que los chamanes cumplen en la conducción de la sociedad. Un asunto así, el cosmos, no puede ser manejado por un único tipo de chamanes; lo que ocurre, más bien, es que varios de ellos, con entrenamientos y conocimientos diferentes y exclusivos,

asumen papeles complementarios. Dentro de la variedad de chamanes que actúan en el manejo del cosmos, es posible vislumbrar que algunos lo hacen como transformadores de materiales metálicos, como artesanos metalurgos.

EN EL CRISOL, TRANSFORMANDO EL MUNDO

La posibilidad de que algunos chamanes, no todos, fuesen orfebres y de que muchas de las piezas metálicas, tampoco todas ellas, fuesen producidas por chamanes, tiene muchas implicaciones que requieren alguna consideración. La obra de Eliade²⁶ está llena de riquísimas sugerencias acerca de la mitología de los metales. Según este autor, la idea de la sexualización de la tierra impregna toda esta construcción ideal: “en relación directa con este simbolismo sexual, habremos de recordar las múltiples imágenes del Vientre de la Tierra, de la mina asimilada al útero y de los minerales emparejados con los embriones, imágenes todas que confieren una significación obstétrica y ginecológica a los rituales que acompañan los trabajos de las minas y la metalurgia”²⁷.

Los minerales que yacen en el vientre de la Madre Tierra crecen y maduran lentamente en estas profundidades, su extracción en las minas equivale a un parto antes de término. Es responsabilidad de los metalurgos sustituir a la naturaleza en ese proceso, justificar su intervención y acelerar el ritmo temporal, en otras palabras “...el *tempo* geológico era cambiado por el *tempo* vital”²⁸. Al asumir esta labor el hombre adquiere una dimensión inusual: cuando funde los minerales y metales, los moldea y forma objetos terminados, con todas las características y la apariencia de cosas maduras y acabadas, está convirtiéndose en un ser capaz de crear, de alterar el ritmo normal de la naturaleza y de variar el curso predeterminado desde la creación.

No todos los hombres son capaces, por supuesto, de realizar obras de estas dimensiones. Para sustituir a la naturaleza en el proceso de

maduración de los minerales se requieren los conocimientos técnicos que concurren para que la fundición, el moldeado, el martillado y el acabado se hagan correctamente. Sin ellos, la obra no llega a buen término, se malogra y este fracaso tiene repercusiones que van más allá de lo meramente práctico. Pero lo más importante es, sin duda, comprender el sentido profundo de lo que se está haciendo y del proceso natural en el cual se está interviniendo. Un metalurgo que no sabe de donde surgen los minerales en el vientre de la Madre y como crecen y maduran en {el, no podrá entender el sentido de sus actos ni sabrá cuando y como intervenir para llevar a buen termino el proceso. Dicho en otras palabras, el metalurgo debe tener acceso a los conocimientos religiosos profundos, a la cosmovisión que justifica y da sentido a sus actos. Aquellos en la comunidad a quienes se les concede ser metalurgos aprenden, conservan y transmiten estos conocimientos en el marco de sociedades cerradas y excluyentes, una suerte de hermandades de iniciados.

Consecuentemente, los procesos metalúrgicos rebasan la simple dimensión de hechos prácticos dotados de una llana lógica técnica. Son, ante todo, rituales de transformación, actos sagrados en los que el hombre interactúa con la materia en sus dimensiones natural y sobrenatural. En ellos intervienen dioses y deidades, se siguen formulas litúrgicas, se rezan plegarias y se hacen ofrendas y sacrificios. Quién preside, a más de ser un obrero metalúrgico, es un oficiante religioso dotado de conocimiento especial y rodeado de los signos visibles de su oficio como, por ejemplo, la piel de un hombre sacrificado (el dios *Xipe Totec*).

Estos conceptos presentes en el Viejo Mundo, desde las religiones chamánicas de África hasta las alquimias europea y china²⁹, se repiten con algunas variantes en el Nuevo Mundo. En un apartado anterior hemos citado a Reichel-Dolmatoff³⁰ a propósito de la transformación de los metales en manos del orfebre, que él concibe como el paso de la materia "...de un estado profano a lo sagrado...". Para Reichel-

Dolmatoff en la Colombia prehispánica “El oro se asociaba con el sol por su resplandor, y con ello adquiría un significado seminal, fertilizador, vital y aun un poder político...una afirmación del poder numinoso del binomio oro-sol, personificado en algunos miembros de la comunidad”³¹. El oro es, pues, “oro santo”, más que simple metal, un elemento vital del cosmos con propiedades que se expresan merced al trabajo del orfebre, un mago a cuyo “...conocimiento científico y tecnológico se asocia un elemento mágico, el de la transformación.”³².

La función chamánica de buena parte de los objetos de orfebrería precolombina y la presencia de múltiples representaciones del chamán en esos mismos objetos ha sido discutida por Reichel-Dolmatoff en la mencionada obra; sobre ellas volveremos más adelante. Baste recordar aquí que la temática chamánica es preponderante en la metalurgia prehispánica de Colombia y que la diversidad de íconos y símbolos y el grado de esquematización y estilización que se alcanzaron presuponen en su manufactura un dominio absoluto del pensamiento chamánico.

Falchetti³³ analiza el mito de las abejas de los *uwa* de la Sierra Nevada del Cocuy, en el centro de Colombia. Las abejas, criaturas del sol y productoras de la cera utilizada en los procesos de fundición comunes en la mayor parte de la Colombia prehispánica, se relacionan con la transformación mágica del oro. En épocas ancestrales en el mundo no había humedad, no había abejas ni su miel o su cera. El sol (*Rukwa*) envió a sus abejas y les concedió como pago una tierra amarilla (oro) junto con semillas y un elemento asociado con la fertilidad. En la estación seca, o de las semillas, las abejas mastican la tierra amarilla y el polen (semilla masculina) y los transforman en una semilla embrional femenina, en cera y otros elementos de la colmena, fundamentales para la continuidad de la vida. En manos del orfebre la cera usada en los moldes y reemplazada por el oro, en el proceso conocido como cera perdida, se transforma nuevamente en oro. El molde es una matriz en la cual el oro líquido (en estado embrionario)

se transforma en una pieza madura que nace, perpetuando así el ciclo de la vida³⁴.

Indudablemente hay diferencias formales entre los conceptos expresados en este mito y los expuestos por Reichel-Dolmatoff, por un lado, y la mitología eurasiática y africana, por el otro. Está también la cuestión de la presencia o ausencia de determinados elementos en uno u otro continente. Pero, a pesar de ello, es evidente que hay una identidad en las estructuras básicas de los conceptos de transformación de los metales y del papel del metalurgo en este proceso.

En todo caso los metales no se conciben como cosas inertes, tienen una vida que se desenvuelve de modo distinto y quizás a un ritmo diferente de los animales y las plantas. Tienen propiedades y capacidades de diverso tipo, pero una vez fuera de su útero, la tierra, requieren de la intervención del hombre para expresarse, para madurar y crecer. El metalurgo es el gran transformador; en el horno, en el crisol y con la ayuda del fuego (otro regalo de los dioses) consigue realizar en poco tiempo lo que a la naturaleza le tomaría milenios, completa la obra de los dioses o, si lo desea, altera su curso. Mezcla elementos y, al hacerlo, con plena conciencia, combina principios y propiedades y, siempre dentro de la esfera de lo sagrado, manipula con poder absoluto una parte de la vida y del mundo.

Y, SI FUERON LOS CHAMANES METALURGOS

Dejar sembrada la inquietud de que gran parte de los orfebres fueron chamanes no es suficiente, ni es el objetivo último de esta exploración. Lo que es realmente interesante es dilucidar las consecuencias de esta posibilidad. Si los fabricantes de objetos metálicos fueron en realidad un tipo de chamanes, esto se debió reflejar en el desarrollo de la iconografía y en la distribución espacial de los talleres y los centros de consumo. Antes de emprender el análisis de estos dos factores es importante aclarar que en la industria metalúrgica

prehispánica de Colombia es posible distinguir dos categorías de piezas:

1. La primera categoría comprende una gran cantidad de herramientas y adornos muy sencillos cuya forma y decoración, cuando ésta existe, es en extremo simple. También es sencilla la tecnología de elaboración y acabado. Esta categoría está representada por orejeras, narigueras, collares, cinces, anzuelos, colgantes y pectorales de dimensiones medianas o reducidas. Los contextos de hallazgo parecen indicar que se encuentran con frecuencia en tumbas sencillas con poco ajuar y lo más probable es que se tratara del tipo de adornos y útiles de uso popular.
2. La segunda categoría incluye un menor número de piezas de adorno grandes o pequeñas, instrumentos musicales, emblemas de poder, accesorios para el consumo de sustancias psicoactivas y gran cantidad de figuras votivas. Las piezas de adorno, a diferencia de las incluidas en la primera categoría, son de tamaños medianos o grandes, con formas y decoraciones complejas. Tanto éstas, como los instrumentos musicales y los accesorios para los psicoactivos (*yopo*, *coca*), involucran una tecnología de manufactura y acabado sofisticada. Generalmente proceden de tumbas especiales donde se las encuentra formando parte de grandes ajuares, lo que parece denotar que se asociaban con personajes de alto rango. Las figuras votivas implican un desarrollo notable de la iconografía y un manejo minucioso de los detalles y del color; por ser un ejemplo muy ilustrativo la discusión se centrará en ellas.

Evidencias, como la citada por Langebaek³⁵ para el territorio muisca y mencionada antes en esta discusión, parecen indicar que hubo distintos grupos de orfebres dedicados a la producción de una y otra categoría de piezas. También las evidencias arqueológicas de las áreas orfebres prehispánicas de Colombia son muy consistentes con la idea de que hubo artesanos que dominaron la tecnología metalúrgica básica y produjeron muchas piezas simples de uso popular y otros

que dominaron técnicas avanzadas y se dedicaron a fabricar piezas complejas para las élites y figuras de ofrenda. Los administradores coloniales españoles de la Nueva Granada conocieron a los primeros como “*plateros*” y a los otros como “*santeros*”³⁶.

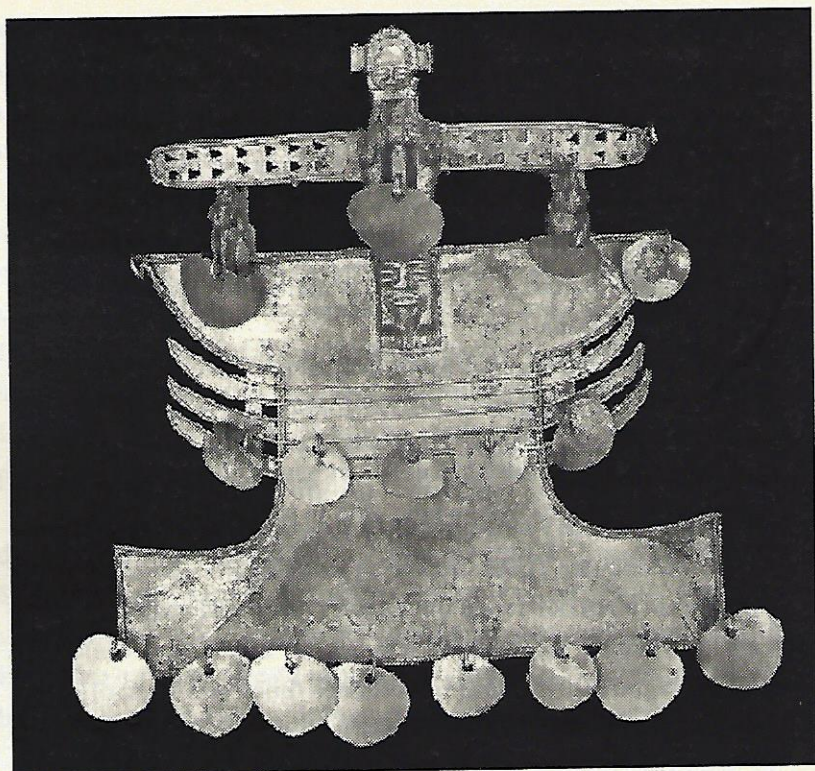
Una de las hipótesis que quiero dejar planteada es que sólo los segundos (*santeros*) requerían un dominio profundo de la cosmovisión chamánica, mientras que los primeros (*plateros*) podrían haber tenido un carácter parecido al que tradicionalmente se asigna a los artesanos. Dicho de otro modo, únicamente las piezas complejas y de ofrenda habrían sido hechas por los chamanes orfebres, las otras habrían sido fabricadas por artesanos de menor rango y conocimiento o, quizás, por aprendices del oficio que algún día llegarían a ser maestros orfebres.

En el conjunto de las piezas complejas lo que sorprende es el desarrollo de la iconografía y el tratamiento de los grandes temas. Sobre este particular la obra más importante es, sin duda, “*Orfebrería y chamanismo*” de Gerardo Reichel-Dolmatoff, publicada en 1986. El mérito esencial de este estudio consiste en haber demostrado que la temática chamánica domina en la orfebrería prehispánica de Colombia. Reichel desarrolla este argumento en sucesivos capítulos relacionados con el ritual funerario, la presencia del chamán, el hombre-pájaro, el chamán y sus auxiliares y el ícono del solsticio. Hay numerosas hipótesis y sugerencias que guardan estrecha relación con el argumento de esta ponencia; de entre estas queremos destacar sólo las más relevantes:

1. Aunque las grandes piezas de orfebrería y los atuendos, que literalmente cubrían a los personajes con oro de pies a cabeza, son indudablemente emblemas de rango y marcadores de estatus social, no se trata de objetos desprovistos de contenido religioso, como podría ser la joyería moderna. En palabras de Reichel, al estudiar estos objetos “...se afirma la impresión que la función social del oro, como expresión de rango, esta concatenada con su función mágica. El aspecto chamánico es predominante.”³⁷.

2. Muchas piezas representan chamanes en diferentes posturas y actitudes, todas ellas comparables con ejemplos etnográficos. Otras piezas representan objetos típicos de la parafernalia del chamán que se usan en las ceremonias que este personaje realiza o preside (accesorios para el consumo de coca o narcóticos, bancos, instrumentos musicales, máscaras, pinzas depilatorias, remates de bastones ceremoniales). También hay numerosas representaciones de animales chamánicos.
3. Uno de los grandes íconos identificados por Reichel y designado por él como *Ícono A* es el del hombre-pájaro que representa el vuelo extático del chamán. Las piezas de este tipo comprenden un gran número de variantes de hombres-aves, pájaros antropomorfizados y muchas estilizaciones que sólo el ojo entrenado puede reconocer. Todas tienen en común, no obstante, el ser representaciones del trance alucinatorio durante el cual, el chamán, con la ayuda de sicotrópicos y prácticas especiales, vuela para realizar algunas de las más importantes funciones de su oficio.
4. Los animales representados en la orfebrería no comprenden todo el repertorio de la fauna de la región. Se trata de animales con significado cultural, más bien chamánico, que se consideran como auxiliares del chamán; éste, ataviado para el ritual, involucra figuras o rasgos de estos animales y así conjuga sus poderes. Este es el que Reichel designa como *Ícono B*. Una variante ligeramente distinta y posiblemente tardía es descrita como *Ícono C*.
5. Un último grupo de piezas en las que Reichel identifica al "Padre Sol" sostenido sobre una "barra celeste" y ayudado por sus auxiliares en su desplazamiento hacia los solsticios es designado como *Ícono D*, o del Solsticio.

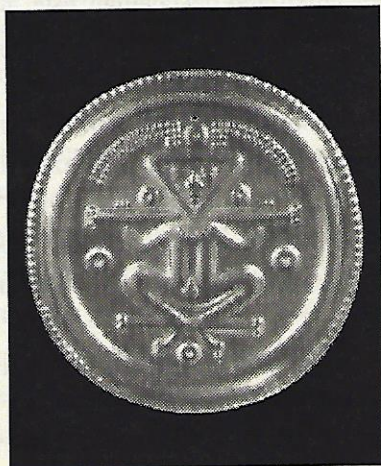
Aun cuando algunas de las interpretaciones de Reichel-Dolmatoff pueden ser controvertidas a la luz de estudios recientes más exhaustivos³⁸, lo esencial de sus conclusiones continúa siendo válido.



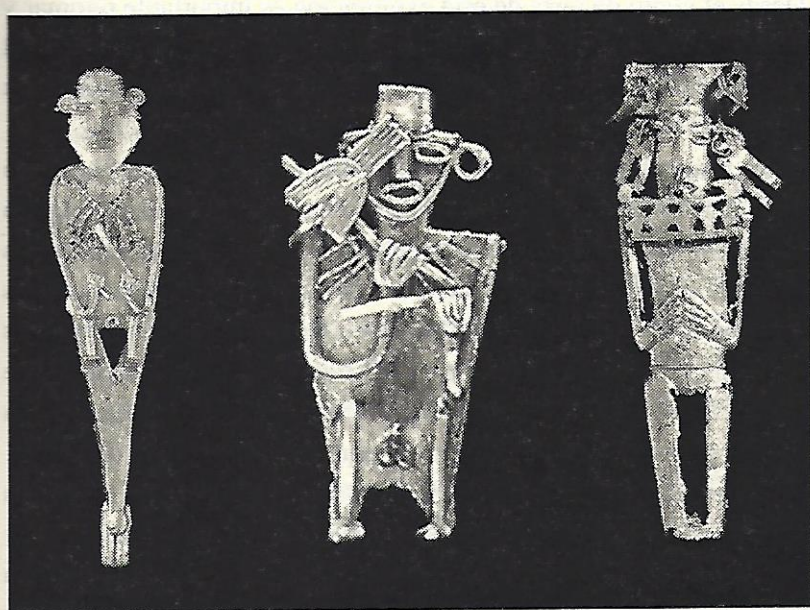
Ícono A (Gerardo Reichel Dolmatoff)



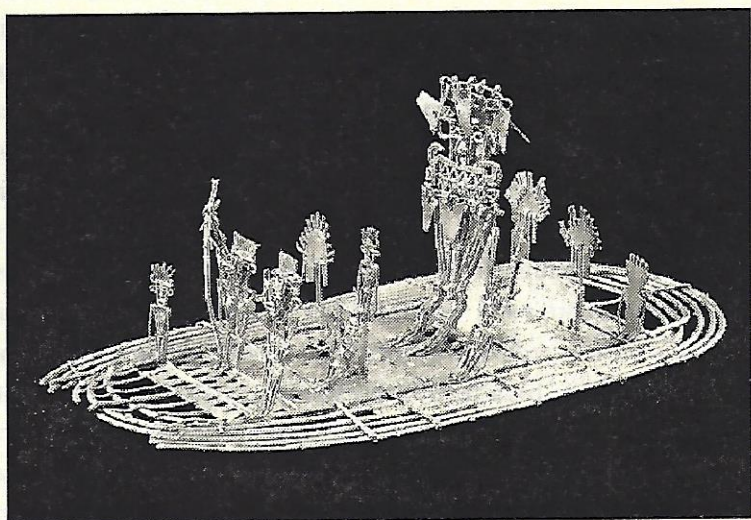
Ícono B (Gerardo Reichel Dolmatoff)



Ícono D (Gerardo Reichel Dolmatoff)



Figuras votivas de la Cordillera Oriental de Colombia



Desde el punto de vista de esta exploración es importante retomar y complementar las afirmaciones antes citadas a la luz de la posibilidad de que fueran chamanes los que directamente hubiesen fabricado los objetos de orfebrería.

En primer lugar, se impone considerar que la iconografía chamánica en la orfebrería no parece expresarse ni evolucionar con arreglo a tendencias estilísticas o modales que provinieran de patrones culturales distintos al pensamiento chamánico mismo. No hay, en efecto, estilos o patrones arbitrarios que cambien en el tiempo hasta desfigurar los motivos originales. El tema del hombre-ave esta presente prácticamente en todas las regiones y, como lo demostró Saenz³⁹, en la Sierra Nevada de Santa Marta se perpetuó por más de mil años.

La iconografía chamánica cruza las fronteras de las áreas arqueológicas, de los periodos temporales, de los estilos regionales y de las tendencias tecnológicas. Quizás la mejor expresión de esta propiedad se encuentra en algunas tradiciones claramente identificadas dentro de la orfebrería prehispánica, como la de las piezas tipo *Darién*, presentes desde la baja Centroamérica hasta el Valle del Cauca en el Suroccidente de Colombia⁴⁰ (identificado por Reichel como parte del grupo del *Ícono B*). También podrían citarse los pectorales acorazonados⁴¹ (parte del grupo del *Ícono A*) con una distribución que cubre desde las llanuras del Caribe colombiano hasta la sierra central del Ecuador. Ambos tipos de piezas se fabricaron en aleaciones diferentes, con técnicas distintas, en épocas diversas y con el aporte de rasgos locales o regionales, sin que por ello se alterara el motivo iconográfico básico.

Lo que se desprende de estas dos observaciones es que esta iconografía orfebre es la expresión de un pensamiento chamánico dominante en una región muy grande y durante un lapso de tiempo prolongado. No se trata de la expresión fragmentaria de corrientes de pensamiento divergentes; lo que se percibe es una unidad de conceptos y normas, consolidada a lo largo de miles de años entre

etnias diversas. Lo que la orfebrería parece estar sugiriendo es la existencia de una suerte de "*panchamanismo*", un fenómeno que otros antropólogos han señalado y sobre cuyo funcionamiento no cabe entrar a discutir en esta ponencia.

Lo que es más importante, sin embargo, es que el desarrollo y la expresión de esta temática chamánica en la orfebrería presuponen un conocimiento profundo de la cosmovisión chamánica. No parece verosímil que el complejo de íconos, motivos, variantes, formas y figuras pudiese haber sido hecho por individuos que sólo conocían la técnica metalúrgica y que, como lo expresamos en la introducción, únicamente trabajaban con las manos.

Cabe explorar, por supuesto, la noción de que artesanos ignorantes del pensamiento chamánico fuesen dirigidos para moldear, martillar y recortar las piezas hasta darles su forma final. La única evidencia en apoyo de esta hipótesis, proveniente de México⁴², ya ha sido citada; según este testimonio los plumarios mexicas diseñaban las piezas metálicas que luego debían labrar los plateros. Hay, no obstante, algunas diferencias significativas apuntan en el sentido de que éste no fue el patrón general. Poco quedó de la metalurgia azteca después de los saqueos de Cortés y sus huestes; en lo que se conoce se advierte una clara tendencia hacia la uniformización de motivos y formas, lo cual es perfectamente coherente con una producción dirigida hacia grupos de élite solidamente establecidos y con una religión controlada por el estado. Algo similar se observa en el Perú incáico en donde, incluso las figuras de ofrenda, parecen producidas en serie, aun cuando técnicamente hablando no lo son⁴³.

También debe anotarse que, pese a ser dirigidos, los plateros mexicas sí pertenecían a un grupo de carácter religioso, bajo los auspicios de un dios y que sus diseñadores, los plumarios, también eran un tipo de artesanos religiosos de mayor rango. Como sea, el asunto es que la dirección de artesanos orfebres parece ser el caso excepcional y no el general en América y que los productos de esta

industria dirigida, con fuerte influencia estatal, son muy distintos a los de los contextos chamánicos del noroccidente de Suramérica.

La posibilidad más coherente con el análisis de la iconografía de la orfebrería compleja de Colombia es que fueron personas iniciadas en el pensamiento chamánico quienes concibieron las formas y funciones, prepararon las materias primas y elaboraron las piezas hasta su presentación final, para poder cumplir con la exigencia de que ellas representaran fielmente los contenidos y manifestaciones de este pensamiento. Las obras reúnen tal cúmulo de propiedades y características dictadas por la religión, que la dirección de obra, si la hubo, tendría que haber sido tan permanente y estrecha que hubiera equivalido a una co-producción. Esta forma de trabajo sólo se da realmente en aquellos contextos sociales en los cuales se insiste en la separación de los trabajos manual e intelectual, algo del todo ajeno a las sociedades indígenas de América.

Quiero citar, para cerrar este capítulo de la discusión, sólo un ejemplo más que nos servirá, a la vez, para introducir el siguiente tema. Las poblaciones de filiación chibcha de la Cordillera Oriental colombiana mantuvieron entre los siglos V y XVI de nuestra era un sistema de ofrendas votivas que incluía el uso de figuras metálicas. Durante las expediciones de saqueo y de adoctrinamiento emprendidas por los conquistadores y clérigos europeos se confiscaron miles de estas figuras que fueron fundidas⁴⁴. Con posterioridad se extrajeron muchas más, parte de las cuales se conservan en colecciones privadas en Colombia y en el exterior. Aún hoy, después de varios siglos de pérdidas, los museos han logrado recuperar y conservar miles de estas piezas.

El estudio del conjunto de figuras votivas existentes en el Museo del Oro y en otras colecciones de Colombia y el extranjero⁴⁵ ha revelado varios interesantes detalles de la iconografía, los contextos de asociación y la distribución geográfica. Hay siete grandes categorías de representaciones (hombres, mujeres, antropomorfas asexuadas,

escenas, animales, objetos de uso personal y objetos domésticos) que agrupan ochenta y cinco tipos diferentes de figuras votivas. Dentro de cada tipo las figuras individuales se diferencian por ser planas o volumétricas, por su color (el cual depende de la aleación), por el tamaño y por la adición o el diferente tratamiento de detalles menores. Todo indica que la forma y todas las características accesorias de las figuras de ofrenda estaban determinadas por su función: según Simón⁴⁶, "...cuando tenía alguna necesidad hombre o mujer, la comunicaban con el jeque, (...), mandaba el jeque se hiciese de oro, cobre, hilo o barro la figura que habían de ofrecer, que solía ser de una águila o serpiente, mono o papagayo o de otras así".

Las figuras votivas raras veces se encuentran aisladas en los sitios de ofrenda, generalmente se depositaban en conjuntos que comprenden entre dos y cincuenta y siete objetos, usualmente dentro de ofrendatarios de cerámica. Estos recipientes representan hombres o mujeres, animales o falos, bohíos y en ocasiones seres antropozoomorfos muy complejos. Los ofrendatarios o los grupos de piezas se depositaron en lagos y ríos, cuevas y oquedades naturales, cerca de grandes rocas y precipicios, bajo los saltos de agua, en terrazas y campos agrícolas, cimas de montañas y colinas, plantas de viviendas, templos y santuarios, dentro de tumbas, al pie de árboles, y al lado y en los cruces de caminos.

Los conjuntos, sus recipientes, los sitios de deposición y las demás circunstancias que rodearon a las ofrendas componen una unidad de significado⁴⁷. El manejo de este complejo sistema votivo, que es en realidad un mecanismo de mantenimiento del equilibrio del cosmos, requería conocimientos religiosos profundos que incluían, por supuesto, los necesarios para saber cuáles tipos de figuras debían hacerse y qué tamaños, colores y detalles se les darían para lograr el efecto deseado. Es decir, el tipo de sabiduría que únicamente un chamán o sacerdote podría haber reunido.

La distribución geográfica de las ofrendas votivas⁴⁸, último aspecto que me propongo analizar, revela algunos patrones particulares que arrojan luces sobre el tema de los chamanes-orfebres. Debo señalar, en primer lugar, que dentro del territorio que los grupos tradicionalmente reconocidos como muiscas ocupaban en el siglo XVI, y que posiblemente no varió demasiado desde varios siglos atrás, hay distribuciones diferentes de los adornos y las piezas de ofrenda. Mientras que los adornos y herramientas presentan una distribución relativamente uniforme en los altiplanos de la Cordillera Oriental, los objetos de ofrenda se concentran en la porción sur, siendo escasos en el centro y casi inexistentes en el extremo norte del territorio. Más aún, dentro de la zona sur tampoco hay una distribución homogénea, sino que se presentan algunos focos claramente delimitados en los que aparece abundante orfebrería votiva.

Aun cuando el asunto es bastante complejo, lo cierto es que hay una correlación alta entre las zonas con mayores cantidades de hallazgos de figuras votivas y los centros de poder político-religioso identificados por los europeos en el siglo XVI. Esta correlación no es conclusiva, pero sí sugiere que las piezas de este tipo se producían y se ofrendaban de manera diferencial en el territorio y que la concentración de líderes políticos y religiosos favorecía su abundancia en determinados sitios. Dicho de otro modo, parece que donde había chamanes y caciques no sólo se usaba más oro, sino que también allí se producía preferencialmente.

Esta idea, aplicable para las figuras votivas en la Cordillera Oriental, posiblemente puede extenderse a la generalidad de las piezas iconográficamente complejas y a todas las áreas importantes de producción metalúrgica en la Colombia prehispánica. Este factor, y no otros como la cercanía de las minas o aluviones auríferos, estaría explicando la particular distribución geográfica de las piezas metalúrgicas. La existencia de núcleos de sucesivas generaciones de chamanes orfebres en pueblos como *Guatavita* o *Pasca*, alejados de

los yacimientos de oro, plata y cobre, habrían sido determinantes en la formación del registro arqueológico que hoy observamos.

Aun cuando suene extraño decirlo así, esta noción es coherente con la incoherencia que surge de superponer los respectivos mapas de hallazgos de piezas orfebres prehispánicas y de yacimientos de oro. Los pioneros en el estudio de la metalurgia arqueológica de Colombia se propusieron inicialmente buscar una identidad entre estos dos factores —fuentes de materia prima y centros de hallazgos— y debieron abandonar el esfuerzo frente a las obvias diferencias que surgen de su comparación⁴⁹. En efecto, estos no coinciden ya que hay:

- 1) Áreas con ricos yacimientos de oro en las cuales no se han reportado hallazgos de industria orfebre, pese a que estuvieron pobladas en la época prehispánica y a que sus habitantes, en el siglo XVI, conocían los metales y mantenían contactos con grupos que sí tenían orfebrería (*Guainía* en la amazonía, *Páramo de Santurbán* en el extremo norte de la Cordillera Oriental, entre otras).
- 2) Áreas en las que hay, igualmente, yacimientos importantes que fueron explotados en tiempos prehispánicos y en las cuales se encuentran algunas piezas simples, pero que no fueron sede de industrias orfebres importantes (*Buriticá* en el macizo antioqueño, las cuencas de los ríos *San Juan* y *Baudó* en el Chocó, por ejemplo).
- 3) Áreas donde se consolidaron tradiciones importantes de trabajo orfebre pese a la escasez o ausencia de materia prima, revelando que la opción social era el establecimiento de un intercambio destinado a obtener el oro, sin importar los inconvenientes que pudiera acarrear o el costo que éste pudiera tener (Sierra Nevada de Santa Marta, altiplanos de la Cordillera Oriental).

Hay, por supuesto áreas en las cuales coincide la disponibilidad de materias primas con la existencia de industrias orfebres, pero esto no es lo que necesita explicarse. Lo que intriga es por qué se escogió

fabricar piezas de oro en grandes cantidades allí donde resultaba más difícil hacerlo y, a la inversa, por qué no se hicieron donde resultaba sencillo lograrlo y se sabía cómo conseguirlo.

La respuesta que propongo a estos interrogantes nos lleva, como era apenas natural que ocurriera, al planteamiento inicial. Así como fue la existencia de estos particulares artesanos religiosos —los chamanes orfebres— el factor que definió la función social del oro, el tratamiento iconográfico de las piezas complejas y las opciones tecnológicas preferidas, también fue el que determinó dónde se hicieron, se usaron y se depositaron los objetos metálicos. Al estudiar todos estos aspectos que, en una primera aproximación, suponemos formales, técnicos o estadísticos estamos abordando en realidad una de las facetas más fascinantes del chamanismo, el manejo del cosmos mediante el trabajo conjunto de la mente y las manos.

NOTAS

¹ Eliade, Mircea. 1974. *"Herreros y alquimistas"*

² Eliade, 1974

³ Cline, 1936 en Eliade, Op. Cit.

⁴ Cline, 1936 en Eliade, Op. Cit

⁵ Cortes, 1960.

⁶ Sahagún, 1569/1956

⁷ Guamán Poma, 1613/1980

⁸ Cooke, 1998

⁹ Martínez, 1989

¹⁰ Langebaek, 1987b

¹¹ Langebaek, 1987b

¹² Zamora, 1701/1980

¹³ Simón, 1625/1981

¹⁴ Zerda, 1883

¹⁵ Zerda, 1883

¹⁶ Pérez de Barradas, 1958

¹⁷ Pineda, 1982

¹⁸ Morales, 2000

- ¹⁹ Reichel-Dolmatoff, 1988
²⁰ Arriaga, 1621/1999
²¹ Poma de Ayala, 1613/1980
²² Castillo, 2000
²³ Sahagún, 1582/1956
²⁴ Gonzáles, 1996
²⁵ Reichel-Dolmatoff, 1968, 1981, 1988 y otras
²⁶ Eliade, 1968, 1974
²⁷ Op. Cit.
²⁸ Op. Cit.
²⁹ Eliade, 1974
³⁰ Reichel-Dolmatoff, 1988
³¹ Reichel-Dolmatoff, 1988
³² Reichel-Dolmatoff, 1988
³³ Falchetti, 2001
³⁴ Falchetti, 2001
³⁵ Langebaek, 1987b
³⁶ Langebaek, 1987b
³⁷ Reichel Dolmatoff, 1986
³⁸ Ver, por ejemplo, Lleras 1997 y otros trabajos recientes del Museo del Oro
³⁹ Saenz, 2002
⁴⁰ Falchetti, 1979
⁴¹ Falchetti, 1978
⁴² Sahagún, 1582/1956
⁴³ Reinhard, 1992
⁴⁴ Cortes, 1960
⁴⁵ Lleras, 1997
⁴⁶ Simón, 1625/1981
⁴⁷ Lleras, Op. Cit.
⁴⁸ Lleras, 2000a
⁴⁹ Lleras, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUADO, Fray Pedro. 1582/1956. "Recopilación Historial". Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá.
- ARRIAGA, Pablo Joseph. 1621/1999. "La extirpación de la idolatría en el Perú". Centro de estudios regionales andinos "Bartolomé de Las Casas", Cuzco.
- CASTILLO, Luis Jaime. 2000. "La Ceremonia del sacrificio: batallas y muerte en el arte mochica". Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, Lima.
- CORTÉS Alonso, Vicenta. 1960. "Visita a los Santuarios Indígenas de Boyacá en 1577". En Revista colombiana de antropología, Vol. 9. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- COOKE, Richard. 1998. "Cupica (Chocó). A reassessment of Gerardo Reichel-Dolmatoff's fieldwork in a poorly studied region of the American tropics". In Recent advances in the archaeology of the northern Andes, in memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff. Edited by Augusto Oyuela and J. Scott Raymond. Monograph 39. The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- ELIADE, Mircea. 1968. "The forge and the crucible: A postscript". In History of Religions, Vol. 8.
1974. "Herreros y Alquimistas". Alianza Editorial - Taurus Ediciones, Madrid.
- FALCHETTI, Ana María. 1978. "Pectorales acorazonados". En Boletín Museo del Oro, año 1, Bogotá.
1979. "Colgantes Darién. Relaciones entre áreas orfebres del occidente colombiano y Centroamérica". En Boletín Museo del Oro, año 2, número 1. Bogotá.
2001. "The transformation of the seed: Ritual offerings and trade among the Uwa of Colombia". Journal of Latin American Lore, No. 21:1, USA.
- GONZÁLES de Pérez, María Stella. 1996. "Los sacerdotes muiscas y la paleontología lingüística". Boletín Museo del Oro, No. 40, Bogotá.
- LANGENBAEK, Carl Henrik. 1987a. "Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas, siglo XVI". Colección Bibliográfica, Banco de la República, Bogotá.
- 1987b. "Persistencia de prácticas de orfebrería muisca en el siglo XVI: El

- caso de Lenguazaque". Universitas Humanística, año XVI, número 27, volumen 16. Universidad Javeriana, Bogotá.
1990. "Buscando sacerdotes y encontrando chuques: de la organización religiosa muisca". Revista de antropología y arqueología, volumen 6, número 1. Universidad de los Andes, Bogotá.
- LONDOÑO, Eduardo. 1989. "Santuarios, santillos y tunjos: objetos votivos de los muiscas en el siglo XVI". Boletín Museo del Oro, no. 25, Bogotá.
- LLERAS, Roberto. 1999. "Prehispanic metallurgy and votive offerings in the Eastern Cordillera Colombia". BAR International Series 778, Oxford.
- 2000a. "La orfebrería y los cacicazgos muiscas. Los problemas del material arqueológico y las etnias, Sabana de Bogotá". En "Sociedades complejas en la sabana de Bogotá, siglos VIII al XVI". Mónica Therrien y Braidá Enciso, compiladoras. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- 2000b. "Sacrificio y ofrenda entre los muiscas". Ponencia presentada ante el Seminaire Chamánisme et Sacrifice, College de France, Sin Publicar, París.
2002. "La Geografía del género en las figuras votivas de la Cordillera Oriental". En Boletín Museo del Oro, Vol. 47. Bogotá.
- MARTÍNEZ Garnica, Armando. 1989. "Un caso de alteración aurífera colonial en el bajo Magdalena". Boletín Museo del Oro, no. 23, Bogotá.
- MORALES, Jorge. 2000. "El oro de los indios: imaginarios y rituales andinos de poblaciones colombianas sobre la orfebrería prehispánica". Manuscrito Museo del Oro, sin publicar, Bogotá.
- POMA de Ayala, Guaman. 1613/1980. "Nueva crónica y buen gobierno". Siglo Veintiuno editores S.A. México.
- PÉREZ de Barradas, José. 1958. "Orfebrería prehispánica de Colombia. Estilos Tolima y muisca" Texto y láminas. Talleres Gráficos Jura, Madrid.
- PINEDA Camacho, Roberto. 1982. "El dueño de la metalurgia". Revista Javeriana, No. 487. Universidad Javeriana, Bogotá.
2000. « Le Labyrinthe de l'identité ». Dans les esprits, l'Or et le chamane -Musée de l'Or de Colombie, Réunion des Musées Nationaux, Paris.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. 1968. "Desana. Simbolismo de los Indios Tukano del Vaupés". Universidad de los Andes, Bogotá.
1981. "Things of beauty replete with meaning. Metals and crystals in Colombian indian cosmology". In Sweat of the sun, tears of the moon: gold and emerald treasures of Colombia, Natural History Museum of Los Angeles County, Los Ángeles.
1988. "Orfebrería y chamanismo. Un estudio iconográfico del Museo del Oro". Banco de la Republica -Editorial Colina, Medellín.
- REINHARD, J. 1992. "Sacred peaks of the Andes". En *National Geographic Magazine*, Vol. 181, no. 3. National Geographic Society, Washington.
- RODRIGUEZ Freyle, Juan. 1636/1942. "El carnero: Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las indias occidentales

- del mar océano y fundación de la ciudad de Santa Fé de Bogotá". Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Ministerio de Educación, Bogotá.
- SAHAGUN, Fray Bernardino. 1582/1956. "Historia general de las cosas de nueva España". Tomo III. Editorial Porrúa, México.
- SAENZ Samper, Juanita. 2002. "El vuelo de las águilas doradas". Manuscrito Museo del Oro, sin publicar. Bogotá.
- SIMON, Fray Pedro. 1625/1981. "Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las indias occidentales". Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- ZAMORA, Fray Alonso de. 1701/1980. "Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada". Tomo I, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá.
- ZERDA, Liborio. 1883. "El Dorado; estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca y de algunas otras tribus". Imprenta de Silvestre, Bogotá.